

Gregorio Gil, Carmen y Blanca García Peral, eds. 2023.
Etnografía y feminismos. Restituyendo saberes y prácticas de investigación. Bern: Peter Lang, 547 pp.

Elia Méndez-García*

Instituto Politécnico Nacional, México

Las editoras Carmen Gregorio Gil y Blanca García Peral de la Universidad de Granada (UGR) son profesoras e investigadoras del Máster Erasmus Mundus en Estudios de las Mujeres y de Género (GEMMA). Este texto es el segundo de la colección Researching with GEMMA (Feminist Research Alliances: Affective Convergences), cuyo propósito es difundir resultados de investigación generados en dicho programa transnacional, en el que participan siete universidades europeas. Conjuntan dieciocho trabajos distribuidos en cuatro secciones, una introducción y un epílogo, a lo largo de los cuales exponen con mucha potencia los aportes de las investigaciones feministas, con un marcado énfasis metodológico en la etnografía feminista. Este trabajo se realizó con mucho cuidado (Del Valle 1997) y con una gran fertilidad para los debates actuales acerca de los aportes, alcances y retos de la etnografía feminista. Asumir el *cuidado* en la producción académica es una apuesta doble: teórico-metodológica y también política de la Escuela de Granada —más adelante vuelvo sobre este punto—. Me atrevo a nombrarla de ese modo, porque los trabajos reunidos aquí evidencian un pensamiento crítico y sensible que comparte claves para la comprensión y transformación de la realidad social. Las autoras de los capítulos tienen en común el *cuidado* en el

* Doctora en Sociología de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Maestra en Lingüística Aplicada de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (Uabjo). Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) Nivel I. Profesora-investigadora de tiempo completo en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), adscrita al Centro Interdisciplinario de Investigación para el Desarrollo Integral Regional, Unidad Oaxaca, México. Miembro del Grupo de Trabajo Clacso: "Cuerpos, Territorios y Feminismos". Sus líneas de investigación son: sociología comunitaria, memoria colectiva, gobernanza y territorio. Sus áreas de interés son: pueblos y comunidades indígenas, gestión del agua, sociología de la alimentación, conflictividad socioambiental y feminismos descoloniales. Entre sus últimas publicaciones están: (en coautoría con Karen Ramírez Antonio y Mario Fuente Carrasco) "Reconfiguración sociometabólica del agua: tensiones, actores y estrategias colectivas hacia la justicia socio ambiental en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca, México", *Collectivus, Revista de Ciencias Sociales* 10, n.º 2 (2023): 1-28, <https://doi.org/10.15648/Collectivus.vol10num2.2023.3806>; (en coautoría con Ofelia Martínez Ruiz y Laura Lourdes Gómez Hernández) "Sistema de gestión de la calidad con gobernanza e interculturalidad en Ecotur Yahui-che, Oaxaca", *Turismo y Sociedad* 33 (2023): 49-72, <https://doi.org/10.18601/01207555.n33.02>. <https://orcid.org/0000-0003-2256-4731>. emendezg@ipn.mx

desarrollo de sus investigaciones, el cual comprenden, junto con Teresa del Valle Murga y Carmen Gregorio Gil, como el sostenimiento cuidadoso de la relación con sus compañeras, alumnas, colegas y colaboradoras de investigación en la que se encuentran personas concretas y situadas, con sus propias historias de vida de las que provienen y las cuales convergen en una academia crítica y fraterna que les provee el entorno del GEMMA y la UGR.

Sin lugar a duda, hay muchos méritos en los trabajos reunidos en este libro, cuya descripción a cabalidad resulta limitada en las páginas que ofrece esta reseña. Por ello quiero destacar seis aspectos de la composición de la obra y, después, presentar una síntesis de las partes y trabajos que el/la lector/a encontrará en el contenido.

El primer y quizá principal aporte de este texto es que constituye un baluarte didáctico para el aprendizaje y desarrollo de investigaciones feministas, que encuentran en el cultivo de la etnografía no un manual, que indica “cómo se debe hacer” paso a paso una etnografía feminista, sino la concreción de los principios, horizontes y desafíos a los que sigue apostando el feminismo, no solo como postura académica, sino como producción teórico-metodológica y política comprometida con la transformación social. Qué mejor que presentar ejemplos de las dificultades personales, teóricas, metodológicas y políticas que impone la etnografía feminista y, sobre todo, poder advertir la creatividad para resolverlas no sin asumir las consecuencias de las decisiones producidas.

El segundo es que los estudios del libro emanan de un acto político de resistencia a los circuitos de validación del conocimiento científico hegemónico. Su idea surgió en un paro, un momento en que Carmen Gregorio Gil fue liberada de su carga docente para hacer una estancia de investigación en Bogotá, Colombia. Desde allí inició el diálogo y la convocatoria para la cocreación. En su espléndida introducción “Tejer procesos de investigación y colectivizarlos”, nos comparte las comunicaciones para hacer comunidad a través de tejer, destejer y retejer los textos con las autoras, siempre procediendo con *cuidado*. Este diálogo es lo que debe entrañar el tan apreciado *Peer Review* con mayúsculas. Es decir, la revisión por pares académicos, que debe implicar una lectura experta y atenta, crítica y rigurosa, pero también cálida, cuyo fin es colaborar en la precisión y el pulido de ideas y argumentos. *Cuidar* implica tiempo y dedicación, que son un mérito frente a la tiranía del tiempo laboral (Gregorio y Álvarez 2012), a pesar de la doble y triple jornada que representa el trabajo académico dentro de las lógicas productivistas, que priorizan la publicación en revistas Journal Citation Reports (JCR) y Scopus, y aminoran la producción de libros.

Con el tercer aspecto, regreso a sostener que en Granada están haciendo escuela de etnografía feminista¹. Entiendo *hacer escuela* como construir críticamente una

1 Después de proponer esta idea encontré que Carmen Gregorio Gil ya había considerado la conformación de escuela en 2021. Dos argumentos a favor: el grupo de investigación “Otras. Perspectivas Feministas en Investigación Social” y su trabajo académico (congresos, tesis doctorales y publicaciones) para hacerse merecedoras del apelativo “las antropólogas feministas granadinas”.

postura ante la política académica actual neoliberal y productivista, para incentivar aprendizajes creativos e incidir en la transformación social que demanda la crisis civilizatoria actual, que es ante todo una crisis en la producción de conocimiento (Leff 2004). Además, comparten una “caja de herramientas” teórico-metodológicas, políticas y éticas que cultivan y transmiten entre generaciones. En el libro se constata la construcción de genealogías académicas y vitales. Las autoras abrevan y dialogan con el pensamiento y enseñanza de Carmen Gregorio Gil, a pesar de que no todas egresaron del GEMMA ni todas forman parte de ese grupo de investigación. En el proceso de construir genealogía está muy presente la fértil presencia de Teresa del Valle Murga, a quien está dedicado el libro. De ella recuperan las nociones de *cultivar un pensamiento con cuidado* y *los hitos vitales* como herramientas para evocar la memoria encarnada (1999, 1997). Al mismo tiempo, exponen un sólido estudio sobre los debates internacionales feministas. Las autoras asumen la cocreación en la que se exponen las dificultades para realizar el tejido colectivo. Cada puntada, que a lo mejor a la primera no nos sale bien, hay que deshacerla y volver a hacerla, lo cual no implica la subordinación acrítica a los señalamientos de la mentora, sino la activa autocrítica y la incorporación de certeras interpelaciones. De esta manera, se van conformando genealogías mestizas, ya que hacer comunidad significa agrandar esa “colcha de retazos” (Gregorio 2019, 3). Se trata de trabajos guiados o en diálogo con una investigadora con amplísima trayectoria, así se van formando generaciones de investigadoras feministas que apuestan por trabajar en las fronteras metodológicas, respondiendo a las condiciones concretas de cada investigación situada, no solo en su geografía sino relacionamente, es decir, en los vínculos sociales que se despliegan a partir de la investigación.

El cuarto aspecto afirma la unidad y coherencia del libro, ya pues no es solo la suma de trabajos académicos, sino el ejemplo claro de lo que significa pensar en comunidad, a través del magisterio comprometido y militante con la sólida formación de estudiantes: tejerse con las jóvenes; impulsarlas a reflexionar sobre sus deseos, dificultades, temores y dudas propias de una investigación cuidada que, en diálogo constante con su mentora, con las colaboradoras de la investigación y con su comunidad académica, enseñan cómo resolvieron creativamente los desafíos de sus trabajos. Cada capítulo expone investigaciones comprometidas y rigurosas, conocimiento válido que incide en la transformación social de los espacios intervenidos, ahora convertidos en herramientas académicas que lidian una nueva batalla en la arena científica, en la que cada vez se reconocen más las investigaciones sociales cualitativas etnográficas feministas.

El quinto aspecto para destacar de la obra es justamente lo que no llegó a ella, pero que la conforma: en este tejido también cuentan las ausencias. Las puntadas que faltaron son parte constitutiva de la elaboración del libro. Carmen Gregorio Gil cuenta las invitaciones, las búsquedas, las esperas, las réplicas para convocar y sostener el diálogo de la reflexión y escritura de las autoras. Algunas lo intentaron, pero la vida y su necesario cuidado, o el momento vital que atravesaban, no

les permitió concluir o enviar. Sin embargo, todas son descendientes de esta comunidad de investigación que con mucho cuidado las ha formado, y están en el mundo en sus tiempos y geografías concretas desarrollando miradas, sentires y relaciones feministas, porque los aprendizajes de estas experiencias encarnadas permanecen con ellas siempre.

Finalmente, el último aspecto es reiterar que el libro se suma al debate actual y necesario, pues claramente responde a los desafíos planteados por Jiménez Cortés (2021). En su revisión documental de veinte artículos indexados, esta autora busca proporcionar la metodología para realizar una etnografía feminista y, tras la revisión de los artículos, presenta tres desafíos: la interseccionalidad, el rol del investigador en su reflexividad como criterio de rigor y el papel de las emociones en la investigación. ¿Cómo se forma un etnógrafo? ¿Cómo se hace etnografía feminista? Las respuestas nos las da el libro: un etnógrafo se forma en el trabajo de campo, una etnografía feminista se hace con tiempo para pensar en qué, cómo, con quién y para qué investigamos, y en compañía de quienes tienen la experiencia en este tipo de investigación. Escuchar cómo las autoras han resuelto sus dilemas metodológicos, desde su vulnerabilidad, resulta altamente formativo. A continuación, presento la síntesis de cada sección y capítulo para invitar al/a la lector/a a elegir su ruta de lectura.

La primera sección “Reescribir. Rasgar silencios, testimoniar y narrar” la integran cuatro capítulos que buscan restituir saberes, denunciar órdenes de poder y violencias de género. Al mismo tiempo que desarrollan diferentes prácticas de investigación comprometidas con procesos participativos y dialógicos que rompen el silencio, y cuya expresión rebasa la palabra al explorar otros modos de expresión colaborativa.

En “Narrar cuando se impone el silencio. La palabra viajada en el borde del objetivo de una cámara de video”, Esperanza Jorge Barbuzzano e Inmaculada Antolínez Domínguez exponen cómo enfrentaron el reto de construir una metodología para el acompañamiento en la ruptura del silencio de las mujeres en situación de trata. Proponen un proceso relacional y dialógico que no las revictimice, a través del ethos del cuidado (Gregorio 2019) con el cual producen “narrativas creativas asilvestradas”, como “metodología orfebre”, y crean un “almacén encarnado” para tejer un documental que propague un “grito colectivo” (Gregorio 2019, 31). A continuación, en “Reconociendo las geografías emocionales del desplazamiento en Colombia: diálogos a través de la imagen y la memoria”, Melissa Chacón enfrenta el reto de reflexionar sobre sus privilegios, los cuales establecen distancia y poder con las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia. Por un lado, reconoce y supera la “anestesia emocional” que ha vivido en un país donde se padecen cotidianamente los efectos de la guerra y, por otro lado, desmonta la asimetría con las mujeres colaboradoras de su investigación, a través de su propuesta metodológica de fotografía participativa que reivindica los “cuerpos senti-pensantes”. Enseguida, Ana Fernández Fernández, en su capítulo “Herbario: poesía y Meighería desde os coñecementos subalternos de as mulleres rurais galegas”, elabora un herbario con el

lenguaje de la poesía, hechizos e invocaciones, por medio del cual supera la suplantación de la voz de las participantes, mujeres rurales de su aldea gallega, y a la vez defiende el derecho a la propia lengua como postura ética y política a través del empleo de ambas lenguas. Cierra esta sección “Bordado colectivo, entretejer una etnografía de la vejez en Gangi”, donde María Viñolo Berenguel enfrenta el reto de visibilizar el valor de los saberes y las prácticas, desde una perspectiva no esencialista, al proponer una metodología del bordar en colectivo para evocar la memoria colectiva de eventos cotidianos e históricos. El acto de estar y acompañar el tejer permite a las participantes transformar su cotidianidad en reflexión y empoderamiento.

La segunda sección “Autoetnografía. Escribir desde la experiencia encarnada” está integrada por cuatro trabajos, en los que los ejercicios autoetnográficos afirman la vivencia encarnada como fuente de conocimiento y posicionamiento político. Estos representan un proceso de resistencia, empoderamiento y denuncia con efecto sanador para las autoras. En “¿Escribir ciencia desde mi lugar lésbico y feminista?” María Alonso plantea preguntas centrales para sostener la validez de la autoetnografía. Critica la producción científica hegemónica —universal, neutra y objetiva—, a la vez que sostiene la legitimidad de la voz del sujeto lesbiano. A continuación, en “Encarnando la etnografía. Escribir sobre el trastorno de ansiedad generalizada”, Ana Álvarez Borrero emplea la autoetnografía para sostener una postura crítica frente a las visiones patologizantes de la ansiedad generalizada, que esconden la hegemonía de la noción capitalista de felicidad. Parte de asumir su propia vulnerabilidad como un acto de resistencia, al permitirse sentir y habitar el cuerpo. Luego, en “Viviendo entre mi proceso oncológico y de investigación”, Victoria Fernández Sánchez, a través de la autoetnografía, restituye sus saberes experienciales y desmonta los discursos de autoridad que, tanto en la academia como en el hospital, ven a las personas como objetos de estudio sin voz, o en un cuerpo enfermo sin capacidad de autorepresentación. Para concluir esta sección, en “Escribir para que el cuerpo no duela: politizar el dolor, la vergüenza y el miedo desde el género, la clase y la ruralidad”, Laura Sánchez Mera profundiza en la interseccionalidad que debe superar la repetición de género, raza y clase como si fuera un mantra, lo cual señala Gisela Espinoza Damián (2020). Denuncia tanto la ceguera intencional de un feminismo que no enfrenta la clase, como la explotación laboral de las mujeres en envasadoras extremeñas.

La tercera sección “Coescritura. Etnografías colaborativas y activistas” presenta cinco trabajos que abordan la relación entre investigación y militancia, los cuales comparten preguntas relevantes: ¿cómo enfrentar las jerarquías academia/militancia? ¿Cómo reconocer las coautorías? En “Investigar en espacios propios: afectos y vulnerabilidades en la investigación feminista” Cristina García López comparte sus tensiones al proponerse estudiar el diálogo entre los movimientos transfeministas y antiespecistas. Su investigación se realiza en espacios propios y cotidianos y enfatiza el cuidado necesario en la relación afectiva en el campo. A continuación, en “Hackear las tecnologías de producción de conocimiento científico”, Lola Martínez Pozo indaga

la apropiación y politización a través de hackeo; comprende la etnografía feminista como una forma del hackeo al abrir, desvelar y subvertir mecanismos hegemónicos de construcción de conocimiento; y visibilizar las diversidades sexo genéricas en ámbitos tecnológicos. En “Investigar desde el activismo disidente sexual y de género en Andalucía: mi puchero metodológico”, Diego Mendoza Albalat expone la construcción de su propuesta *puchero metodológico*, que describe las creativas soluciones para avanzar en la investigación con lo que hay. Constituye un ejemplo didáctico concreto y situado al enfrentar los dilemas metodológicos desde un punto de vista ético y político. En seguida, en “Militancia de investigación junto a mi grupo político. Lo que aprendo con la etnografía feminista”, Adriana S. Cota nuevamente trata el dilema de investigar en un lugar propio: la militancia en *Stop Represión*. Plantea desafíos desde la etnografía colaborativa hacia una *militancia etnográfica feminista*. Cierra esta sección “Ética de la despatologización: un enfoque en proceso”, donde Amets Suess Schwend aborda también las dificultades de la investigación desde la militancia y la deconstrucción del binario academia/activismo para construir un “tercer escenario de implicación crítica” o “ética de la lucha” (40).

La cuarta sección, “(In)corporar la etnografía en el tránsito por lugares comunes”, está integrada por cinco trabajos que emplean la etnografía feminista tanto desde el punto de vista epistemológico, al producir conocimiento, como desde la forma de incorporar a la escritura, el cuerpo y las emociones vividas en las tramas intersubjetivas producidas en el trabajo de campo. En “Deconstruyendo el paradigma positivista a través de la etnografía feminista: aprendizajes encarnados desde el trabajo social”, Ana Alcázar-Campos analiza su transición desde la práctica del trabajo social hacia la investigación ética y moralmente responsable. Es un ejercicio de “indisciplinar” la etnografía desde una relectura feminista. A continuación, en “Dis-othering y reflexividad relacional: integrando conflictos y miedos identitarios, éticos y políticos en la etnografía”, Arrate Gutiérrez Gómez también aborda las dificultades de la investigación y militancia feministas, contra las agresiones machistas, bajo el lema “El miedo va a cambiar de bando” en Euskal Herria. Se cuestiona la legitimidad para hablar de ese movimiento y la responsabilidad consecuente; desarrolla la reflexividad relacional y la intersubjetividad en su etnografía feminista. En seguida, en “Girar, dudar, sentir, el tránsito hacia una etnografía feminista sobre el derecho a la ciudad”, Paula Pérez Sanz mediante la emocionalidad y vulnerabilidad, profundiza en el sujeto ausente en las luchas del activismo por el derecho a la ciudad: mujeres trabajadoras, cuyas prácticas políticas acontecen en otros espacios y desde relaciones horizontales sostenidas en el cuidado. En “Desde tañi descolonización feminista”, Doris Quiñimil Vásquez apuesta por una autoetnografía que descolonice y deconstruya las categorías de mujer, mapuche y urbana a través del aborto, cuyo proceso pasa como persona y como pueblo. Cierra esta sección “Cuando el dolor se encarna en la práctica etnográfica”, donde María Espinosa-Spínola realiza un ejercicio de memoria encarnada (Del Valle 1997), para reflexionar sobre cuestiones

éticas y epistemológicas, a partir del reconocimiento del dolor en las relaciones intersubjetivas en sus experiencias de campo.

Finalmente, en el epílogo “Habitar la academia con mucho cuidado: origen y continuidad de una genealogía feminista”, Herminia González Torralbo nos lleva por una *travesía de cuidados* en la que delinea su trayectoria académica y construye ese lugar periférico, que se centra en las prácticas de cuidado que le han permitido habitar la academia y con las cuales afirma su postura política contestataria de resistencia a una academia productivista, extractiva y neoliberal.

Referencias

1. Del Valle, Teresa. 1999. “Procesos de la memoria: cronotopos genéricos”. *Revista de Estudios de Género, La Ventana* 1 (9): 7-44. <http://revistalaventana.cucsh.udg.mx/index.php/LV/article/view/397>
2. Del Valle, Teresa. 1997. “La memoria del cuerpo”. *Arenal* 4 (1): 59-74. <https://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/view/22689/21247>
3. Espinoza-Damián, Gisela. 2020. “Desplazando la mirada del resultado al proceso: investigación colaborativa y co-producción de conocimiento” En *Antropologías feministas en México: epistemologías, éticas, prácticas y miradas diversas*, coordinado por Lina Rosa Berrio Palomo, Martha Patricia Castañeda Salgado, Mary Goldsmith Connolly, Marisa G. Ruiz-Trejo, Monserrat Salas Valenzuela y Laura R. Valladares de la Cruz, 119-146. Ciudad de México: Bonilla Artigas Editores; UAM; UNAM; CIICH.
4. Leff, Enrique. 2004. *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. Ciudad de México: Siglo XXI.
5. Gregorio Gil, Carmen. 2023. “Antropología feminista y etnografía: la perspectiva autoetnográfica”. *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana* 18 (1): 115-138. <https://doi.org/10.11156/aibr.180106>
6. Gregorio Gil, Carmen. 2019. “Explorar posibilidades y potencialidad de una etnografía feminista”. *Disparidades Revista de Antropología Social* 74 (1): e002a. <https://doi.org/10.3989/dra.2019.01.002.01>
7. Gregorio Gil, Carmen y Aurora Álvarez Veinguer. 2012. “Políticas de conciliación, políticas de tiempo: la tiranía del ‘tiempo laboral’”. Ponencia presentada al XVII Congreso de Estudios Vascos: Gizarte aurrerapen iraunkorrerako berrikuntza = Innovación para el progreso social sostenible, 18 a 20 de noviembre, Palacio de Congreso Europa Vitoria-Gasteiz, Álava, España.
8. Jiménez Cortés, Rocío. 2021. “Diseño y desafíos metodológicos de la investigación feminista en ciencias sociales”. *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales* 50: 177-200. <https://doi.org/10.5944/empiria.50.2021.30376>